

JAVIER ECHEVARRÍA, *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid, Rialp, 2005, 245 pp.

Mons. Javier Echevarría, obispo, prelado del Opus Dei, ha querido ofrecer al gran público unas “consideraciones” –así las llama (pp. 13-15)– que ayuden a los lectores “a trasladar a la existencia cotidiana, en la vida práctica, algunas de las consecuencias que dimanan de la Sagrada Eucaristía” (p. 13). Las escribió en el Año que Juan Pablo II declaró eucarístico para toda la Iglesia y en el que, el 7 de agosto, se cumplía el 50º aniversario de su ordenación sacerdotal.

La prosa es diáfana, pero el contenido, desde las primeras páginas, se muestra de gran hondura; de ahí que el lector se sienta impulsado a no contentarse con una sola lectura, sino a releer y meditar los distintos apartados. Las “consideraciones” son un destilado de la mejor tradición doctrinal de la Iglesia, asimilada en profundidad y de modo vivo, en la que se inserta la experiencia espiritual de mons. Echevarría. En efecto, el entramado del discurso, a lo largo de las páginas, lo constituyen las copiosas citas de la Sagrada Escritura: la mayoría, naturalmente, del Nuevo Testamento, pero también son numerosas las del Antiguo. Al mismo tiempo se ofrece al lector una abundante riqueza de material patrístico y del Magisterio, del que no faltan los textos más clásicos, pero del que sobresalen los del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II y Benedicto XVI, en los pocos meses transcurridos de su pontificado. La tradición doctrinal se enriquece también con abundantes citas de santo Tomás de Aquino.

Me he referido a la experiencia espiritual del autor y no cabe duda de que ha sido hondamente marcada por los numerosos años de proximidad a san Josemaría, Fundador del Opus Dei. Lo ponen de manifiesto las citas de los escritos de san Josemaría, quien, con toda evidencia, ha sido maestro espiritual suyo. El alto número de esas citas se justifica sobradamente si se tiene en cuenta que se trata de «consideraciones» nacidas no sólo del estudio, sino más aún de la vida. Otra razón hay para este recurso a san Josemaría: la finalidad que ha guiado la composición del libro, a la que me he referido al comienzo de esta recensión.

La metodología que acabo de describir someramente guía el desarrollo de las siete partes que componen la obra. Las dos primeras parecen concentrar la atención en la dimensión eucarística de algunos rasgos esenciales de la condición cristiana: condición marcada por la filiación divina (parte I) y por el servicio, el sacrificio y el sacerdocio (parte II). Las otras cinco partes consideran el influjo práctico de la Eucaristía en diversos ámbitos de la existencia del cristiano: respectivamente, el apostolado, la familia, el trabajo, el descanso y el dolor.

“El don de Dios al cristiano se desarrolla en la dirección de la amistad del Creador con la criatura, y cabría resumirlo en la clara afirmación de que Cristo ha traído a la tierra el tesoro de la filiación divina” (p. 18). La riqueza de este don no se impone al hombre anulando su libertad; al contrario, “la exalta y le confiere su último y definitivo sentido, porque al aceptar la invitación de vivir en Cristo como hijo del Padre, gracias a la acción del Espíritu Santo, la criatura trasciende sus propios confines, todas las barreras de sus limitaciones, y vive a lo divino, endiosada” (p. 21). Endiosamiento y exaltación de la libertad: sí, pero con la paradoja de que “sólo un ánimo humilde, consciente de su bajeza y de su limitación, de su pequeñez, está en condiciones de aceptarlo [ese don]” (p. 22).

La cercanía de Dios al hombre, implicada en nuestra condición de hijos suyos, adquiere una dimensión sensible justamente por medio de la Eucaristía, “Pan de los hijos”, como la llama la liturgia de la Misa de la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. “Pan de los hijos, porque el mismo Hijo de Dios se nos ofrece como alimento para que los hombres permanezcan y crezcan en su vida nueva de hijos de Dios [...] porque desarrolla y robustece la participación del hombre en la Filiación eterna que es el Verbo” (p. 31). Es un crecimiento que consiste en la progresiva identificación con Jesucristo, que la Eucaristía produce: “quien toma parte en el Sacrificio eucarístico –asistiendo o celebrándolo–, quien se une a Cristo Víctima ejercitando el sacerdocio de Cristo recibido en el Bautismo, participa en la inmolación que el Hijo de Dios hace de su Humanidad Santísima; y participa no teóricamente, sino prácticamente, existencialmente: recibe fuerza y luz para ofrecer filialmente su propia vida al Padre en Cristo” (p. 38).

El autor fija su atención en la Virgen Santísima que nos enseña a recibir a Jesús. Su ejemplo de “cómo acogió y trató a Jesús durante sus días en esta tierra” (p. 44) conduce a convertir de veras el día del cristiano en un día eucarístico: “hemos de transformar este encuentro [con Cristo en la Comunión] en el centro de una jornada

de oración, de sacrificio, de trabajo; de esfuerzo por cumplir la Voluntad de nuestro Padre Dios y por anunciar la Buena Nueva a los demás; de luchar contra las propias malas inclinaciones y de afán por cultivar la virtudes, el servicio generoso al prójimo” (p. 45).

En la parte II la atención se centra en el servicio, el sacrificio y el sacerdocio, que brillan en la Eucaristía; en primer lugar, en Jesús mismo, pero de ese hontanar fluyen también al cristiano que vive de este excelso Sacramento. “El Hijo es, por eso, sacerdote de su propio sacrificio. Y la Eucaristía continúa en la historia esta donación de Cristo al Padre, asociando a los hombres a este misterio, para que podamos convertirnos plenamente en hijos en el Hijo” (p. 50). De ahí la heroicidad que la entrega de Jesús pide al cristiano, que está llamado a imitarlo identificándose con Él. En efecto, “cada hombre y cada mujer, con la gracia divina, ha recibido la capacidad de ser heroico en lo normal” (p. 53).

La participación bautismal en el sacerdocio eterno de Jesucristo se ejercita máximamente uniéndose a Él en la Eucaristía, y el sacerdocio del sacramento del Orden, que sirve a ese sacerdocio eterno, es también por eso servicio al sacerdocio de todos los fieles (cfr. pp. 56-62). “Así debemos presentarnos los sacerdotes a celebrar la Santa Misa todos los días: con el corazón encendido en amor divino, con muchas obras de servicio a nuestros hermanos” (p. 65). Esta realidad conduce al Autor a considerar atentamente el lavatorio de los pies de los Apóstoles que Jesús realizó en la última cena. “Lavar los pies, instituir el sacramento de su sacrificio, entregar su vida en la Cruz: tres realidades en las que Jesucristo despliega un mismo acto de amor extremo. La primera asume especialmente un valor simbólico y de enseñanza, que prepara a los discípulos a acoger y a entender las otras dos” (pp. 69-70).

La institución de la Eucaristía está estrechamente ligada al mandamiento del Amor que Jesús dio a los Apóstoles en la última cena y que aparece asociado a la revelación del don inefable del Espíritu Santo. “El don de la filiación divina y el don del Amor avanzan juntos, pues el Amor personal infinito –la Tercera Persona de la Santísima Trinidad– es «quien nos hace exclamar: ¡Abba, Padre!» (Rm 8,15). Estos dones no se pueden separar y la grandeza del uno ayuda a vislumbrar la grandeza del otro” (p. 72). Como síntesis conclusiva de esta segunda parte se leen estas palabras: “El mandamiento del servicio le indica [al cristiano] la forma exterior de su conducta; el del amor, la forma interior; el eucarístico, concede la fuerza para comportarse de ese modo” (p. 80).

No es fácil resumir en pocas líneas el contenido de la parte III, pero podemos descubrir su idea inspiradora en esta frase del primer párrafo: “Para que se desarrolle en nosotros la participación en su Filiación eterna, Cristo alimenta y sostiene desde la Eucaristía nuestro celo por la salvación de los demás, nuestro afán por dar testimonio de Él en todos los ambientes” (p. 81). Es un afán que procede de la unión con Cristo: “Quien de verdad cree en Jesús y le acompaña, no puede no darlo a conocer con su vida y sus palabras” (p. 83). Por eso mismo la Eucaristía es la raíz vital del apostolado: “con la participación en la Santa Misa, con la Comunión y la prolongación eucarís-

tica en el Sagrario, el cristiano descubre que la fe en su Señor configura una alianza personal con Él. Experimenta en su propia vida que, al creer en Jesús, Él se ha convertido en alguien que está a su lado” y, en consecuencia, el cristiano comprueba “que actúa de su parte y le representa: que vive de Él y, por eso, puede y debe hablar en su nombre” (pp. 93-94). Para eso, cuenta con la acción inefable del Espíritu Santo, que es don eucarístico. “La Eucaristía trae al alma, como fruto, la presencia del Espíritu Santo, que anima y empuja a pregonar la Palabra del Padre, después de asimilarla más y más” (p.105). La acción apostólica exige empeño, perseverancia, vencimiento de obstáculos. “Pero Jesús se ha quedado en la Eucaristía y nos ha enviado al Espíritu Santo, precisamente para que no abandonemos la lucha personal ni la labor de almas” (p. 111).

Al tratar de la Eucaristía y la familia cristiana, objeto de la parte IV, se ha de considerar ante todo el matrimonio, pues “la comunión familiar reposa sobre la alianza matrimonial, de esta unión se alimenta y simultáneamente la vivifica” (p. 118). Esta alianza, en el caso del matrimonio cristiano, “es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia”, como enseña el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, 48). De ahí su honda conexión con la Eucaristía: “La inserción del matrimonio cristiano en el misterio de Cristo y la Iglesia, permite comprender que la Eucaristía, que renueva la donación de Cristo a su Iglesia dándole vida y configuración, es fuente, asimismo, de la realidad y del desarrollo del matrimonio contraído en Cristo y en la Iglesia” (p. 131). Esta verdad está llamada a manifestarse en la vida: “Jesús sacramentado une a los esposos cristianos. Lo hace cuando cada uno por su cuenta se centra en la Eucaristía; y además, de modo muy específico cuando los dos participan juntos en algunas manifestaciones principales de la piedad eucarística. [...] La importancia de participar juntos en la Santa Misa radica en la presencia de Cristo y de su Sacrificio: es poner a Jesús entre los dos, para que refuerce el vínculo de fe y amor que les une; es poner su entrega entre los dos, para que alimente la entrega de cada uno al otro” (pp. 135-136).

Partiendo de la tarea educativa de los padres respecto de los hijos, mons. Echevarría se detiene en exponer la espléndida tarea parental de mostrarles que son hijos de Dios, y pasa luego a considerar la formación eucarística de los hijos. “La experiencia cristiana, que se remonta al principio mismo de la Iglesia, enseña que la participación semanal en el Sacrificio eucarístico, lleva al hijo de Dios a recorrer fielmente el camino hasta la identificación plena con Jesucristo” (p. 150).

Al abordar el tema de la parte V (“La Eucaristía y el trabajo de los hijos de Dios”) se descubre un principio fundamental en esta afirmación de los primeros párrafos: “El trabajo del hombre se rige también por miras temporales, que le son necesarias para caminar en la historia; pero debe apuntar además a horizontes más altos y duraderos, debe ordenarse a la vida eterna, a la que Dios nos convoca por puro afecto de su bondad” (p. 154). Esta amplitud de miras, temporales y eternas, marca el horizonte en el que se mueven las consideraciones de esta parte. El trabajo pide esfuerzo y eficacia, contribución al bien común. Pero hay más. “El trabajo humano queda

sanado cuando el cristiano se acerca a la Cruz, cuando se une al sacrificio de Cristo que se hace presente en el sacramento de la Eucaristía. Allí la intención del trabajador se endereza hacia Dios; en la fatiga descubre un nuevo sentido, porque se une al sufrimiento del Redentor; allí el faenar humano alcanza valor divino” (pp. 160-161).

El autor pone de relieve los valores humanos del trabajo, para colocar en su auténtica perspectiva su elevación sobrenatural. Por eso dedica un apartado a “trabajo y amor”, que culmina en afirmaciones atrevidas por su optimismo: “aprender a trabajar significa –siempre y a la vez– aprender a amar; así madura el carácter del interesado y así se edifican las personas a quienes su trabajo alcanza” (pp. 164-165). Aquí se inserta la perfección que la Eucaristía aporta a la labor humana: “la Comunión frecuente y el recurso al Señor en el Sagrario también orienta y ayuda a trabajar como Jesús: convertir la tarea profesional en un servicio de amor, un sacrificio dirigido a la salvación de las almas” (p. 169). Así el trabajo alcanza cumbres inaccesibles al solo esfuerzo humano. “Incorporándolo a su sacrificio por medio de la Eucaristía, Jesús asocia al cristiano a su misma vida y le va concediendo el gozo y la gloria de rememorar en toda circunstancia la misión que el Padre señala a cada uno. El hijo de Dios vive entonces una «misa» que dura la entera jornada, como afirmó tantas veces san Josemaría” (p. 173).

La doble perspectiva, temporal y eterna, que guiaba la consideración del trabajo, guía igualmente la del descanso, en la parte VI. Es, en efecto, una exigencia humana: “A la ley del trabajo sirve de contrapunto la necesidad del descanso” (p. 183); no sólo el reposo físico, sino más aún el reposo psicológico y espiritual. Y todo esto, elevado a un orden superior, es voluntad de Dios para sus hijos. Así el auténtico descanso se obtiene con el abandono de las preocupaciones en las manos de Dios Padre nuestro: “Un buen hijo trata con su padre todo aquello que le preocupa a él y todo aquello que interesa a su padre: Jesús nos invita a intercambiar con Dios las preocupaciones, porque así descansaremos” (p. 188). Para reposar de esta manera, es imprescindible recurrir al perdón de Dios por nuestros pecados y faltas y aprender de Él a perdonar (cfr. pp. 189-195).

“La verdadera paz define la perfección del descanso” (p. 195). Ésa es don de Dios que se transmite a los demás. “Vivir la paz y sembrar la paz: así cabe resumir la vida de un buen hijo de Dios” (p. 201). Para eso contamos con Jesús en la Eucaristía. “También ahora, desde el Sagrario, se propone como buen pastor que ofrece reposo a nuestra alma y a nuestro cuerpo –en la medida señalada por la providencia–, de modo análogo a como se interesaba por el descanso espiritual y físico de los discípulos durante su paso por la tierra” (p. 202). Y con el Sagrario la Misa: “celebrar o participar en la Misa nos hace entrar en el descanso de Cristo; descansar con Él después de haber trabajado por Él; recuperar fuerzas y volver con nuevo empuje a la lucha interior, al trabajo, a hablar de Cristo a otros” (p. 206).

La última parte aborda la consideración del dolor que marca la existencia humana. “Hasta cierto punto, lo más costoso del dolor no se queda en el sufrimiento que lo constituye cuanto en el misterio de su sentido” (p. 217). Jesús, que padeció y murió

por nosotros en la Cruz, nos ha resuelto la paradoja del dolor. “Jesucristo no sólo nos ha enseñado la posibilidad de abrir el sufrimiento al amor, sino que instituyó este sacramento [la Eucaristía], memoria y actualización de su pasión redentora, también para ayudarnos a gustar la ciencia de sufrir, amando a Dios y a los demás” (p. 220). Esta ciencia incluye el saber descubrir la presencia consoladora de Santa María en el momento del sufrimiento, como estuvo presente junto a Cristo, al pie de la Cruz. “La Madre del Cielo acompaña a sus hijos a la Misa, los pone junto a sí al pie del altar, de modo semejante a como, el día de la Muerte del Señor trajo consigo a Juan hasta el pie de la Cruz” (p. 238).

Esta somera descripción del contenido del libro, que inevitablemente omite muchos aspectos de ningún modo marginales, puede sin embargo ayudar a percatarse de que no se trata de una obra para leer de un tirón, sino con calma y buscando la meditación más que el simple conocimiento.

Antonio Miralles